VERBO NUEVO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE DOCTRINA Y COMBATE

AÑO X | ORGANO DE LA FEDERACIÓN O. P. SANJUANINA. EX-ADHERIDA A LA FEDERACIÓN O. REGIONAL ARGENTINA Y A LA A. I. T. | NÚMERO 101

REDACCIÓN Y ADM: MENDOZA 110 || San Juan (Rep. Argentina) 1.o de Agosto de 1929 || PRECIO: 10 CTVS.

Un proyecto augural

Sobre el Congreso Anarquista

En hora propicia para el alma anarquista, cuando la reflexión parece haber despertado en los espíritus de todos los bien intencionados el sentimiento de la propia responsabilidad frente al cuadro sombrío de nuestra vida colectiva, ha sido lanzada la iniciativa de celebrar un congreso anarquista regional, que reuna en su seno a todos los grupos y militantes del país sin excepción, fuere cual fuere el sector en que actúen y el modo particular que tengan de estimar los distintos problemas relacionados con nuestra actividad. Ese solo hecho justifica ampliamente la referida iniciativa, más que toda otra necesidad, presunta o real, de discutir problemas diz que olvidados, pues no existe ninguno tan agudo y de tan impostergable resolución, como el de llegar a un entendimiento que, sin renunciamientos del propio criterio ni claudicación del derecho de crítica nos permita superar los obstáculos de esa odiosa y recíproca hostilidad que esteriliza la labor de todos y menoscaba la dignidad colectiva. Comprobaría la existencia de una excelente predisposición de ánimo ese mismo deseo de vernos a todos unidos en magna asamblea, sin exclusivismos repugnantes cuando no emergieran de motivos serios como los de una flagrante traición a los ideales, deducida de actitudes incohonestables con su ética, cuando contemplan la mejor salud moral de la propaganda. La rudeza para combatir determinados males donde quiera que la propia razón los descubra, y la irrespetuosidad por las instituciones que la tradición consagra como intangibles, no pueden ser motivos suficientes para fundar actitudes exclusivistas, en un medio excencialmente anárquico, en que no pueden prevalecer más que las bellas pasiones por la libertad, en vez de los abominables vicios de sumisión a los fetiches, erigidos como símbolos de un ideal, y que son sólo imágenes de una nueva fe, tan funesta para el porvenir de los hombres, como todas las otras que impulsaran sus pasos por los tortuosos caminos de la historia.

Pero, además, ningún derecho a condenar—sea cual fuere la naturaleza de la pena—podemos hacer nuestro los anarquistas, sin reivindicar a la sociedad que combatimos, al identificarnos con sus fundamentos más vitales, reflejados por su legislación represiva y preventiva, que se encargan de interpretar y aplicar sus magistrados, según el temperamento, las pasiones y los prejuicios inherentes a la moral de su época. Ló que nos es refractario, lo que no se nos vincula por los lazos de un común sentir y por el nexo de una aspiración, compartida en el fondo de las almas y conducida en alas de una común inquietud a través del panorama inmenso de nuestras afanosas luchas, no es preciso arrojarlo de entre nosotros: se va solo sin que lo impulse ninguna decisión, lanzada desde cualquier esfera de nuestra actividad. Es la misma sabia selección que la vida aplica a sus elementos constitutivos, adhiriéndose los que le son afines y repeliendo los que le son nocivos. Y un congreso anarquista que no fuera así, organizado sobre la base del pensamiento anarquista, no sobre una tendencia de monopolismo ideológico como la que vino prevaleciendo hasta ahora, no podría merecer el nombre de tal: sería una reunión numérica para confirmar la intangibilidad de cualquier dogma, donde las vibraciones del alma nueva, que son virtuales de nuestra idiosincrasia libertaria, estarían ausentes. Eso de temernos unos a otros, de cohibirnos ante la idea de que podamos echarnos los trastos a la cabeza no bien nos veámos juntos en un recinto, para pugilato de fieras y no de serena discusión entre hombres, que por ser tales no pueden suponerse infalibles, y que siendo anarquistas están obligados a ser sinceros, admitiendo su propio error donde lo hallen y no cargando el fardo de las comunes responsabilidades sobre uno o varios; todo eso, insistimos, es confesión de las propias culpas en unos, miedo pavoroso a perder el dominio sobre el patrimonio elaborado por media generación anarquista y detentado como cosa propia por unos cuantos, en otros, y una deleznable interpretación ética por parte de todos, ya que les falta valor para ser justos, leales, francos y nobles ante los imperativos de la propia conciencia, que así lo exige para colocarnos a tono con el ideal que invocamos, no siempre para dignificarlo con el amor a la verdad.

Mucho nos duelen a este respecto las mismas suspicacias de los organizadores de ese acto al contradecirse de manera tan flagrante, cuando, declarándolo libre y abierto para todos los anarquistas y destinado a discutir en él «todo lo que los anarquistas propagan», añaden, más o menos, que «no se tratarán cuestiones secundarias.» Faltaría saber que entienden ellos por secundario y por primordial, y si lo que a ellos les parece secundario no será para muchos otros esencialísimo como motivo de discusión, con lo que se vendrían abajo las prevenciones de los organizadores, a continuar manteniéndolas, ya que no han de llamar a un congreso a los anarquistas para excluir de los debates lo que no agrade a determinados anarquistas, pues eso sería malograrlo antes de realizarse, por no llenar su verdadero objetivo. En cambio no nos sorprende la pontificial actitud de Santillán, declarando por anticipado que no se tratarán «personalismos morbosos», por que es la argucia conque han venido hasta hoy eludiendo la responsabilidad de sus malas, de sus reprobables acciones, determinados elementos. Allí se han de tratar—si es una reunión de anarquistas como se pregona—todo lo que se traiga a tapete, para salir de una vez por todas de este lóbrego y estrecho callejón en que nos metiera de consuno nuestra imprevisión y la maldad ajena. Otra cosa sería reincidir en perpetuar el monopolio de la razón oficializada y exigir la claudicación de sus puntos de vista a los anarquistas que entienden que sin cegar las fuentes originarias de nuestros males, no es posible lograr la unidad, no ya de acción, que no es lo que más importa, sino la de los espíritus, que es la que más debe interesarnos para superar una situación asaz deprimente para los fueros de la personalidad colectiva. ¡Hay que arrojar esa venda funesta que priva de luz a nuestros ojos para vernos el fondo de los corazones, compañeros, y poder marchar por cominos paralelos hacia la cumbre de nuestras aspiraciones, derribando viejos prejuicios que nos mantienen en actitud hosca, sin otra razón que las torpes razones de prevalencia por parte de unos pocos desorbitados sobre todas las manifestaciones de nuestra vida activa!

Tampoco damos más valor del que tienen a las extravagancias tácticas de Santillán, para las cuales—iluso e infantil como siempre—cree ya suficientemente abonado el terreno, cuando se decide a llevarlas a un congreso con el ánimo de implantarlas en nuestro ambiente. La realidad le dirá, mejor que nosotros que sigue viviendo en su empíreo marxista, tan lejos de la concepción anarquista de método y finalidad, como los que nunca la comprendieron. A tal fin ese congreso es posible que le sirva de experiencia definitiva.

La cuestión personalista, que se ha perfilado con fuertes caracteres entre esta persona y López Arango, sin llegar aún a su periodo crítico por causa de los intereses que atan a ambos a una suerte común, tampoco debe ser tenida en cuenta para restarle fuerza y brillo al acto que se proyecta. Al próximo congreso deben ir los anarquistas, sobreponiéndose a todas esas miserias morales, y sin prevenciones contra proposiciones vagas, oscuras o decididamente reformistas, de que viene informando su orden del día, pues el hecho de congregarse allí animados por un anhelo de concordia sin claudicaciones, es ya un programa trascendental.

Eso y el hecho de que deberá celebrarse contra disposiciones categóricas de «La Protesta», prohibiendo su realización, lo que tiene toda la significación de un acto dignificador de la personalidad anarquista.

El concepto de vivir en libertad

Se entiende por vivir, el libre goce de la vida en su integridad, sin restricción alguna, aunque ésta se manifieste bajo la forma del bien.

Siendo el deseo de libertad sentido en todo ser humano, éste presupone la convicción de la posibilidad de tal estado de vida

La afirmación de que los hombres no son aptos o no están preparados para vivir en libertad, es tan falsa como absurda, puesto que en su intimidad sienten tal deseo.

El hecho de que no exista ningún precedente que garantice aquella posibilidad; no constituye una razón para forzar el ejercicio de la autoridad sobre la desgracia humana, pues ningún hombre o mujer tiene el derecho de imponer su superioridad jerárquica, sobre quien quiera que sea, ya se trate de un menor o de un adulto. Todo lo que se ejecuta bajo la forma autoritaria no tiene valor real —de un lado engaña a quien manda, del otro priva al individuo del libre ejercicio que promueve generalmente las inovaciones en toda manifestación de la vida.

La argumentación que se alega, asegurando que la vida presente es más compleja que el pasado, y que por tanto es más indispensable la autoridad, es completamente errónea, causada por la confusión de discernimiento que con frecuencia (muchas veces involuntariamente) no consigue; desprenderse de los tentáculos del presente sistema social, el cual es la auténtica manifestación del verdadero desorden Hoy todo lo basado sobre la dirección autoritaria es el desorden — en la industria, en el cambio, en la moral, en la política, en la cultura nada está de conformidad con la razón humana. Todos los beneficios adquiridos en el presente estado autoritario no son otra cosa que contorsiones y favores—no derechos y deberes. El derecho, como el deber, siendo una sacra facultad para todos los humanos, no podrán mantenerse sino en un estado de libertad social. Un régimen en el cual predomina la imposición del superior, aunque sea en la forma más pulida, lleva inevitablemente el germen de desigualdad y discordias sociales, de donde pronto brotarán las clases superiores e inferiores fuertes y débiles, robados y expoliadores,—con poca diferencia del presente sistema. Cualquiera que esté dotado del privilegio de superioridad, ya sea física, moral, cultural o

técnica, considerará a los otros como inferiores a él, y no tardará en infringir los límites del respeto y de la tolerancia.

Cada uno de los seres normales, teniendo en si la facultad creativa (microcosmo) pueden exhibirla, y en contiendas circunstanciales ejercitarla, en conformidad con el libre examen, aceptando consejos y correcciones, cuando vienen de la parte de los mejor informados, sin obligación de sometimiento a la autoridad oficial—cambiándolos por sus propios conocimientos, a la manera como funcionan los concursos y congresos de las varias ramas de la ciencia: la cura de la tuverculosis, el cáncer, la viruela, etc.

Si ésto es practicable en el terreno científico, resultará igualmente factible en el dominio económico, técnico, político y moral, en el momento en que se abula el agente de perturbación privado y monetario que son las, factores principales del desorden actual Cuando los hombres constaten que todo pertence a todos, y que todo mejoramiento será asequible a la colectividad, que todos trabajan para uno y uno para todos, la autoridad no encontrará razón de existir bajo ninguna forma.

o o o

Frecuentemente se quiere hacer aceptar algún «programa mínimo» de autoridad, bajo la forma de «funciones administrativas», pregonando tal como elementos indispensables para regulación de la vida y de la cosa pública. Ahora bien, si para la dirección de la industria, de un sistema de locomoción, si para la sistematización de cantidades y cualidades de las utilidades públicas, para el trasporte de la materia prima y manufacturada; si para la gestión de la educación técnica y cultural, para el mantenimiento de las viviendas, las calles, se precisa un agente regulador éste tendrá razón de existir y existirá, secundado en sus propósitos y aceptado por el libre acuerdo de todos los interesados, sin imposición o compulsión, en tanto que dicha facultad (la administrativa) de los resultado previstos en el acuerdo, pudiendo aquella a su vez ser pasada a otros prometiendo más probabilidades de mejoramiento.

En los regimenes autoritarios sucede que tales «agencias directivas», en muchas ocasiones, casi siempre, usurpan el privilegio de mando que engendra la atmósfera burocrática, constriñendo el resto de los ciudadanos al estado de obediencia forzada, que frecuentemente fomenta la indignación desprendiéndose de aquí resultados desastrosos que repercuten sobre toda la sociedad. De donde nace la necesidad de los medios coercitivos y represivos que constituyen la quinta esencia del régimen autoritario. Esto invierte el orden de los propósitos en los cuales la autoridad deja de ser un medio para convertirse en un fin.

o o o

Lo mismo que en agricultura ninguna semilla puede producir una especie diferente a aquella, de igual suerte un sistema social autoritraio no podrá garantizar el proceso legítimo de una sociedad de vida libre.

Los contrastes sociales présentes, no son más que efectos derivados del régimen del privilegio y de la autoridad. El hombre de hoy se convierte en cordero por causas opuestas que lo trasforman en lobo, no por la maldad innata, sino más bien por el hábito adquirido en el ambiente en que se vive lo que hoy hace suponer que el hombre no está a la altura moral de proclamarse de vivir libre, son las apariencias que todos se empeñan en salvar, engañándose asi mismos y al mundo exterior. Tales apariencias hacen creer que los hombres, y especialmente aquellos que viven en condiciones de inferioridad económica e intelectual, aceptan voluntariamente la autoridad del patrón y de las leyes constituidas, mientras que lo contrario se manifiesta en todo tiempo que los mismos hombres adquieren el beneficio de una redención económica o moral, esto es cuando pasan a la satisfacción de sus deseos. Tal hecho demuestra que los mismos hombres que constituyen la malhadada sociedad presente, zafados de los obstáculos que determinan los antogonismos y falsos valores, basando los derechos y los deberes en la razón en vez de apoyarlos en la fuerza o en la astucia; desde que cada uno puede disponer de su personalidad y de todos sus deseos, teniendo garantizada la vida a la par de los demàs; sin temer a nada, se podría salir del reino de lo imposible, para establecer una convivencia libre en toda su intensidad.

o o o

No puede reinar en ninguna familia la paz y la tranquilidad, donde impere la miseria y por añadidura la autoridad, como en ninguna escuela puede reinar el orden y la complacencia bajo el mágico puntero de la disciplina Parece que se quiere relegar la libertad por temor a su propia bondad, pero que al mismo tiempo todos quieren apropiarse de ella para sus fines particulares. Para esos no es una cosa como si dijeramos una condición de vida, a la cual todo ser tiene el derecho y el deber de respetar a sus semejantes; no puede ser una posibilidad como todo otro beneficio del cual tenemos conocimiento.

Todas las ciencias sociales exentas de malevolencias demuestran que el hombre no solamente tiende a progresar materialmente, sino moral y espiritualmente; esto es, que la humanidad registra sus experiencias con el fin de perfeccionarse y llegar a su redención. Todo progreso para efectuarse, además del conocimiento del pasado, se le presenta conjuntamente la fusión de nuevos elementos puestos en juego en su más libre condición investigadora y de ensayos, en cuya condición, no solamente se garantiza la libertad del pensamiento, sino también de acción; las cuales inmunes de toda conformidad ortodoxa y conservativa, afrontan y resuelven, en la máxima posibilidad, los más arduos problemas de la vida. Cuando esté garantizada la igualdad de condiciones entre los hombres, el vivir en libertad será un hecho.

JOSÉ JENUSO.

Los cultivos clandestinos en la F. O. R. A.

Las andanzas de F. Giribaldi

Confirmando denuncias y fundando sospechas

—:—:—:—

La sinceridad y la lealdad que inspiran nuestra campaña en contra los malabaristas impúdicos que operan en la F.O.R.A. como faranduleros de una farsa sangrienta, han sido corroboradas una vez más con la comprobación de un hecho infamante y desdoroso para la institución referida, por nosotros previsto hace algunos meses, cuando fué traido al seno de sus actividades el conocido saltimbanqui Florentino Giribaldi. En efecto, los lectores de VERBO NUEVO recordarán que hicimos una sucinta biografía de este aventurero para que nadie pudiera llamarse a engaño sobre los móviles probables que guiaban al director de «La Protesta» a extraer semejante escoria de los podrideros políticos del radicalismo para incorporarlo al movimiento de la F.O.R.A. López Arango conocía de sobra la condición moral de Giribaldi, los antecedentes de su vida pecaminosa, su salida de «La Protesta» en otra oportunidad que garabateaba allí sus cursilerias, para ir a hacer campañas políticas a favor del radicalismo, su rol de explotador de obreros, como fabricante de ladrillos, una vez, como chacarero otras, empresas establecidas con dinero habido en sus correrias políticas.

A nuestra denuncia, inspirada en el deseo de contribuir a desecar aquella charca infecta que han ahondado los piratas del ideal en las entraña de un movimiento liberador de conciencias, el interesado en responder de su actitud, optó por la política del silencio, conducta habitual del ducho director de marras cuando entiende que no tiene argumentos en que refregarse para limpiarse del lodo que lo abruma. Así obró cuando se le acusó de conspirar contra sus propios compañeros de labor en la casa donde roba el pan que come a cambio de mantener encendida entre los anarquistas la hoguera de los odios, buscando ejecutores de un plan de expulsión entre compañeros de Avellaneda; así procedió cuando se le comprobó su papel de calumniador contra grupos de propaganda instituciones obreras y militantes activos, y así se condujo cuando de estas columnas se ponía en antecedentes a los trabajadores de la F.O.R.A. sobre una nueva estafa perpetuada por el actual tesorero José Borrego, en la caja del Consejo Federal para terminar la construcción de su casa.

Ese silencio prudente, pero desde luego demostrativo de la exactitud de nuestras acusaciones, no ha despertado ni un gesto aislado entre la paciente, sufrida y domesticada *colectividad*, capaz de reivindicar la dignidad de sus componentes.

¿Por qué trajo López Arango a los escenarios de la F.O.R.A. al histrión Giribaldi, si el recuerdo de ese sujeto ha despertado siempre repugnancia a los anarquistas, y en la misma redacción del diario se hicieron muchas veces comentarios privados del carácter más depresivo contra los miembros de esa familia? (son varios hermanos) ¿Cómo ha olvidado tan pronto lo que en la misma «Protesta» se leyó a comienzos del 1918, sobre las andanzas de este rastacuero de la política criolla, cuando aún con las nalgas calientes (y la conciencia fría, como la tuvo siempre) de refregarlas contra una silla en la redacción del diario, apareció en poblaciones del interior haciendo propaganda política desde los tribunas callejeras del radicalismo? ¡Y este notorio averiado, este conocido elemento de comité, era puesto en actividad en la F. O. R. A. simultáneamente a la exclusión de una legión de camaradas que en los distintos aspectos de la propaganda habían contribuido con su esfuerzo de muchos años, y su escrupulosa consecuencia de anarquistas, a vigorizar el organismo regional que debia ser el vehículo más eficaz de la redención de los trabajadores!

Conviene entonces reconstruir tantos hechos coincidentes, tantas actitudes inexplicables por parte del petrificado moral, del anonadado psíquico, López Arango, para inducir una sospecha vehemente, un recelo justísimo, fundado en sobrados elementos de juicio, de que ese personaje, apegado al cuerpo colectivo como una garrapata, es agente subrepticio de provocación gubernativa, cultor clandestino de la politiquería oficial, instrumento vil del Estado para malograr las más fecundas actividades del anarquismo, si estuviera unido, cuando ninguna discrepancia fundamental lo divide, y si sólo la inextiguible llama de la discordia que agita desde «La Protesta» un holgazán sempiterno y despreciable, que no es capaz de ganarse su pan de modo más honesto.

Adviértase que Giribaldi, lanzado en actividades de trepador por Arango no era sólo secretario de la F.O.R. A. cuando se le descubrió en cabildeos con el presidente Irigoyen *sino también redactor de "La Protesta"*, circunstancia que no conocen seguramente la mayoria de los trabajadores y los anarquistas de la F. O. R. A., pues ni el diario en que prestaba servicios ha hecho alusión a ello hasta el momento en que escribimos, ni los órganos burgueses, por ignorarla, se refirieron a la misma cuando informaron, con lujo de detalles, sobre las actividades de éste agente gubernativo. No sólo se guarda allí silencio significativo sobre su carácter de redactor del diario, sino que no se hace ningún comentario depresivo para el vil instrumento de Irigoyen, lo que hace más sospechosa la situación del que lo trajo a la F. O. R. A., exhibiéndolo como mono piruetero, gracioso o sentimental, llorón o trágico, pues todas esas actitudes le eran proverbiales, en los actos de propaganda, más tarde llevándolo a la redacción de «La Protesta», para lo cual puso de patitas en la calle al lamentable Mainieri, y luego ubicándolo en el Consejo Federal, siguiendo su viejo sistema de tener allí un capataz que cuide su estancia... Que de esos cabildeos, en «La Protesta» debia tenerse amplio conocimiento, pues no se concibe que un redactor viaje diariamente de Rosario a Buenos Aires en vapores de lujo para entrevistarse con el presidente de la república, con motivo de las grandes huelgas que en la primera de las ciudades se desarrollan en momentos que escribimos, sin que justifique esa conducta ni la procedencia de los recursos que le permiten aplicarla. El mutismo conque ha rodeado este «afaire» es-

candaloso ¿no evidencia el temor de comprometerse por parte del gran introductor de averías morales en la F. O. R. A. si se decide por explicar actitudes que no hay palo a que atarlas? Esa actitud benévola con un merodeador al servicio de la reacción, en momentos que es descubierto en sus bajas maquinaciones, cuando en «La Protesta» se acostumbra a magnificar en sendos y repetidos editoriales la más trivial incidencia que tienda a perjudicar la conducta de los enemigos de López Arango ¿no es acaso por demás sugerente?

Pero median otra serie de pormenores dignos de tener en cuenta por los espíritus menos suspicaces, para acreditar dudas inquietantes en torno al probable rol del director de «La Protesta» con el movimiento anarquista. Recuérdese aquel artículo ditirámbico sobre la persona del presidente de la república, inserto hace algunos meses en sus columnas y reproducido de un diario burgués de Barcelona a preteto de favorecer la campaña pro Radowitzky, la mesura que se pone en las palabras cuando hay necesidad de aludir al actual gobierno, esa prosa atildada y circunspeta que se usa cada vez que hay obligación de ocuparse de tropelías policiales y el olvido en que se deja a las víctimas de esas tropelías al día siguiente de haberlas soportado en forma de suplicios, como ocurrió con obreros de Avellaneda, algunos de ellos incondicionales agentes de la dictadura aranguista. Dicen muchos aquellas bajas denuncias policiales, con motivo de la reciente campaña contra la truculencia y la delincuencia común, en que se acusaba al «antorchismo» de banda criminal y a «La Antorcha» de sostenerse con el dinero proveniente de los asaltos. Cierto es que el órgano aquel no guardó por mucho tiempo esa ofensa inaudita y poco después, por el sólo hecho de que dejara arrimar al caldero donde condimenta sus tripotajes a alguno de sus amigos, con motivo del llamado Congreso Continental, abrió la vejiga para ponerse a orinar elogios en torno a la figura de su detractor. ¡Oh la incoherencia de esos hombres!

Lo que fluye de esa conducta del más desaprensivo, más cara dura, más cerduño de cuantos aventureros han vivido en el anarquismo fugitivamente, es que no está donde está sino como elemento de derrota y perturbación anarquista. Cuanto cobra por ello ya se sabrá algún día, sino es bastante para inducir el monto de la retribución el hecho de que ya haya adquirido una casa.

Pero el tributo mayor lo pagamos siempre los anarquistas a los agentes de la traición, por nuestro exceso de confianza y superstición idolátrica por nuestras instituciones.

—•O•—

VEN, MUJER...

Ven, bella mujer! Ven! Quiero acariciarte! Te espera mi corazón. Mis brazos se abren como un dulce refugio para ti.

Hoy he forjado el hierro He fundido bronces. He templado aceros. Con este esfuerzo necesario en la vida, pagué mi tributo de fuerza y de habilidad. Nada debo por hoy a la sociedad. Puedo ir hacia ti tranquilo y honrado. Puedo gozar tus encantos!...

Las tenues claridades del crepúsculo han suavizado deliciosamente mi espiritu. El cansancio ha marchado ya con el recuerdo del trabajo hecho. Vivo ahora solamente para ti. Este es el momento en que se manifiesta con mayor vigor la fluencia de sentimientos de ternura y de tristeza, la hora de los pensamientos vagos y sutiles como vaporosas e inaprensibles neblinas! El aire es tibio y esta aromatizado de frondas.

¡Oh, qué magnífico es el miraje desde esta ventana que da al mar, llegando hasta nosotros el compás cadencioso de las olas! A lo lejos rutilan las primeras luces de la ciudad. De las fábricas, asciende lentamente el humo, y se ven lucir tímidos en el cielo a los primeros astro. En todo hay una serenidad grata, sublime!...

. . . .

Vamos, acércate!... Ven hacia mí adorada mujer!... Veo en tus ojos dulcedumbres de amada, fulgores de estrellas, en la hora venturosa de nuestro amor!... Ven, que es la hora en que el espíritu y la carne vibran al unísono, en la canción del Deseo...

. . . .

Ha cerrado la noche. Instintivamente te has apretado contra mi pecho. Has escuchado mis palabras con la mirada puesta en la lejanía, mientras la mía estaba puesta en tus ojos. En este arrobamiento, sin darme cuenta, he entretejido mis dedos en tu pelo, prolongando una larga y tierna caricia... una caricia suave y dulce, que te hace temblar de felicidad.... Y alzas tu cabeza como un desafío de amor, mientras en tus labios bermejos, pongo el beso silencioso que provoca el éxtasis supremo......

ANTONIO MUÑOZ.

De la vida gaucha

JILGUERO

—Pucha digo el hombresito éste, parese que lo han hecho riéndose. ¿Nunca sentís penas, Gilguero?

—¿Yo? Yo no—respondió con voz aflautada y con su media risa el aludido.

Le llamaban «Gilguero», sin duda porque siempre cantaba: cantaba en cuanto amanecía y lo hallaba la noche sin haber terminado el gorjeo... Si alguien le hablaba, si el capataz le daba una orden, contestaba —s i e m p r e a m e d i o reir—que la risa del «Gilguero» era algo así como la prolongación de su cantar —que *si* o que *no*, y continuaba sus trinos, casi siempre los mismos versos, viejas coplas camperas, que aburrían de puro sabidas.

—Es cansadora la chicharra, cuñao¡

—Animalito fastidioso, amigo!

—¿No conose algún remedio pa librarse de los moscardones? — comentaba la peonada reunida en la cocina. Pero «Gilguero» no se daba por aludido y seguía cantando.

—Che, Gilguero: ¡a ver, pues si cambiás el disco, que ya me tenés hast' aquí!..

—¿Yo?.. ¿Y qué vi' haser?

—¡Callarte, hombre! ¿No podés quedarte un rato sin cantar?

—Es que me aburro, capatás

—Y pa no aburrirte vos nos aburris a nosotros con tus aullidos. ¿No vés que paresés un perro que se ha quedao solo? Contá un cuento, una mentira, o cualquier cosa, pero dejat' e tocar siempre la misma cuerda,

—¿Yo?..

—¿No sabés algún cuento? ¿No te ha pasao un caso lindo pa contar?

—¿A mí? A mí no.

—Che, Gilguero: ¿qué te gustaría ser a vos: estansiero, mayorengo o corredor de caballos?

—¿A mí? A mí nada.

—¡No te v' a gustar! ¿Y cuál es la diversión que te gusta más?

—¿A mí? Cantar.

—Si, pero algo más te ha de gustaa también.

—¿Y rascarte la sarna no te gusta?..

—No tengo.

—Vergüensa me da el desirte. A ver que otra cosa te gusta, Gilguero.

—¿A mí? La hija del patrón

—¡Ahá! ¡Casi nada!

—¡Veanló al ladiao este!

—¡Pero mir' en que cuero se pegan los abrojos!

—Me gusta que sea linda y buena mosa y que se case también con un moso lindo... y que tenga buena suerte.

—¡Pedaso e pavo!

—No cáirte al poso por infelis!

HECTOR MARINO.

“Estamos bien como estamos”

Días antes que el azar hubiera permitido descubrir las verdaderas actividades de Giribaldi en el movimiento de la F.O.R.A., hemos leído en el órgano que lo tenía a su servicio en calidad de doméstico de su director, mientras lo era a la vez del patibulario Irigoyen, nato presidente argentino, la siguiente expresión de este célebre aventurero, para impugnar de encargo, el proyectado congreso anarquista: «Estamos bien como estamos.»

He ahí la declaración más categórica de los motivos por los cuales la corrompida camarilla de «La Protesta» pretende malograr toda manifestación del espíritu anarquista que tienda a libertar la acción colectiva de su égida opresora.

Podrían naufragar sus oscuros negocios, que, como puede constatar quien tenga cabeza para algo, venía defendiendo Giribaldi con celo exquisito, como puede deducirse de la expresión que comentamos.

¡Adelante con los faroles, que aún quedan en la F.O.R.A. muchos taroleros, ávidos de hacerse pagar sus ruines servicios.

VERBO NUEVO

Pídalo el 1o. y 15 de cada mes en los kioscos y a los canillitas, al precio de 10 centavos el ejemplar o suscríbase en su administración, Mendoza 110, por 60 centavos trimestrales.

El Caballerizo

AGUAFUERTE CAMPERA

Cuando el gallo cantaba en el corral, la puerta de don Andrés, el patrón, se abría violentamente. A continuación, una voz desagradable horadaba las tinieblas:

—¡Eh, Carlos, Carlos! ¿te levantás o no te levantás?

Carlos, al oirse llamar, se incorporaba en su camastro. A tientas lograba encontrar los fósforos encendiendo la mecha del candil que ardía crepitante, despidiendo una temblorosa columnita de humo.

Era todavía un niño, enclenque, de rostro chupado y hombros débiles. Como dormía vestido, para levantarse no tenía sino el trabajo de calzarse sus deshilachadas alpargatas y liarse al cuello un gran pañuelo de color indefinido. Pero el sueño, un sueño pesado, trataba de vencer la voluntad del niño, tirándole de los párpados. Hasta que un recuerdo doloroso venía en socorro de su voluntud desfalleciente y le obligaba a entregarse, por puro hábito, a sus tareas cuotidianas.

Ese recuerdo nació así.

Una vez oyó el llamado de don Andrés; luchó un rato, infructuosamente, con la pereza, hasta que, por último, se quedó dormido. El gallo cantó varias veces sobre el lienzo del corral, como alarmado de la tardanza del caballerizo. El abanico de la aurora se extendió sobre el cielo y coloreó de rojo las lejanas lomas, humedecidas de rocío De súbito, la puerta del rancho se abrió con estrépito. Entró don Andrés, armado de un látigo, con el rostro descompuesto por la rabia. Sus ojos, veteados de sangre, parecían echar fuego en la semiobscuridad del tugurio. Barbotando palabrotas, comenzó a descargar fuertes golpes, sobre el muchacho, que se había incorporado al sentirlo entrar.

El patrón pegaba y gritaba, al mismo tiempo. Te podris durmiendo —¡Atorrante, haragán! Te podris durmiendo y, todavía, no te conformás. ¿Te crés que te pago pa dormir? Decí, ¿pa eso te doy veinticinco pesos y la comida?...

Enardecido por sus propias palabras, continuaba su feroz azotaina. La indignación comunicaba a su brazo una fuerza homicida.

De pronto, en un rincón, una voz vacilante, tartajeó en defensa del muchacho:

—¡No, don Andrés, no le pegue! ¡Se quedó dormido de cansao, el pobre!

Y paulatinamente fué surgiendo un viejo, con el pelo canoso todo revuelto, y extendiendo las manos en actitud suplicante:

—Déjelo, don Andrés.

Su cantilena manótona, plañidera, se había convertido en una letanía inaguantable:

—¡Déjelo, don Andrés, no lo castigue!... ¡Déjelo, don Andrés, no lo castigue! ...

Y la rogativa, surtió efecto a la postre. Bien sea porque le apiadara el lamento del viejo, o bien hastiado de su ruego cascado, lo cierto es que, el patrón se retiró del rancho, musitando palabras inteligibles.

Carlos alargó al viejo Ugenio su agradecimiento, en una mirada, efusiva y cordial, como un apretón de mano, entre dos amigos separados durante mucho tiempo. Sabía a que se había expuesto terciando en su favor, ante

el patrón enfurecido. Además sintió el muchacho sobre sus hombros el peso de la humillación, como una lápida. Muchas veces, a despecho de sus escasos trece años, había pensado que ya era un hombre. Para eso trabajaba como un hombre, vivía como un hombre pensaba como un hombre. Pero el castigo brutal del patrón derrumbó tales ilusiones. Sólo quedaron en pie, entre las ruinas de aquéllas, sus pobres trece años, su edad de niño.

—¡Gracias, don Ugenio!—masculló. Pero el viejo, saliendo al encuentro de su agradecimiento, que involucraba una nueva humillación, otra vez se había tumbado sobre su camastro roncando sonoramente.

Vencido el sueño, su angustia era menos lacerante. Pronto encendió fuego, haciendo una pequeña pira de astillas, en medio de la cual ponía un cacho de sebo envuelto en arpillera. Desde el montón se elevaba primero el humo, en varias hebras blancas. El sebo comensaba a chillar y de pronto, el fuego lamía con sus lenguas rojizas todo el montón de leñitas.

Carlos colmó, entonces, la vieja pava de lata, cubierta con una pátena de hollín, exponiéndola después sobre la lumbre. Los ramalazos de la hoguera iluminarón bien pronto el cuerpo del muchacho. Al color del fuego se reanimaba del frio de la noche. Y llegado el momento de levantarse para ir en buscá de los caballos, un desasociego incontrarrestable se colaba de rodón en su espíritu. Porque el amor al fuego es innato en el hombre. Está en él arraigado desde que se le hizo imprescindible como defensa, como abrigo y como factor mediato de su alimentación, en la trágica aurora de la caberna.

Carlos, al cabo, conseguía vencer su influencia sedativa. Tomaba un freno, un cojinillo y se iba a buscar a «Mancha», el caballo nochero. Abría la puerta del rancho, medio con miedo. El frio, agazapado detrás de las paredes desnudas de barro, se abalanzaba sobre él, como un criminal emboscado que pega el golpe. Carlos temblaba bajo sus harapos: pero el aire fresco impregnado de un aroma húmedo de amanecer, le hacía olvidar el ardor de sus miembres yertos, de sus orejas roídas por el azote de la brisa. Por fin llegaba al lugar donde se ataba a «Mancha». El caballo, mascando un manojo de hierba, interrumpía el crugido de sus molares. Volvía la cabeza y contemplaba con curiosidad a la sombra movible del caballerizo. Emitía, luego, un fuerte resoplido, como en señal de protesta, porque se le interrumpía su comida. Pero como manso, era muy manso. Se dejaba dominar fácilmente por el muchacho.

Carlos corría los potreros de la chacra, juntando la caballada. Los brutos llegaban resoplando, con las fosas nasales dilatadas, levantando a su paso, como un poncho gigante, una nube de polvo. Ante de entrar en el corral, saciaban su sed, atropelladamente, en las bebidas; propinándose de coces que sonaban secas, tajantes, en los ijares.

El viejo Ugenio ataba el arado y don Andrés la sembradora. Tomaban el café a prisa y sin lecne. Porque «Pampa», la lechera, se ordeñaba más tarde. Aunque, casi siempre, Carlos tenía que volcar la leche sobrante en la tina de los cerdos. Y acompañado con el ludir de balancines y roldanas, el arado y la sembradora no tardaron en perderse en el rastrojo, tajeados de surcos, donde se volcaba la mañana.

El viejo se quejaba todas las noche de sus dolores horribles.

— Ya no puedo más—decía;—el día menos pesao, estiró la pata...

Pero aun cuando hacía muchos años que repetía el mismo estribillo, no sólo no moría, sino que trabajaba hasta caer rendido. Estaba con don Andrés desde hacía años. En su vida había tenido muchos patrones, buenos unos, malos otros. Pero cuando se es joven la vida nunca es dura. Ahora si: ahora estaba arruinado para trabajar. Tampoco ganaba sueldo, lo tenía el chacarero por la comida.

Recordaba, a veces, cuando este le hizo la proposición. Cuereaba un caballo muerto del gusano, en esos momentos. La cintura le dolía horriblemente; además, las moscas no le daban punto de reposo, posàndosele, o en la piel apergaminada de sus mejillas o en el dorso de las manos. Lo cierto es que sin querer —¡palabra de honor; sin querer! —tajeó varias veces el cuero.

Don Andrés, que se encontraba a su espalda, atusándose el bigote, le preguntó algo que ni remotamente hacía al caso:

—¿Cuántos años tenés?

El viejo se rascó la cabeza por debajo del sombrero.

—Sesenticinco—respondió.

—Si, vos tenés sesenticinco años... pero sesenticinco años en cada pata.

Y como si los tirones que daba a sus bigotes escasos, aindiados, tuviesen la virtud de cambiar sus estados de conciencia, como se cambia el telón de una bombalina, exclamó, en brusca transición de trato y de ánimo:

—Vea, don Ugenio. Usté ya sabe como van mis negocios. Hay que ahorrar, economizar en todo lo posible; de no, ni pa «pucherear» se saca. ¿Me comprende?

Y un poco dificultosamente, como si una vacilación le trabara la lengua don Andrés agregó:

—Bueno, vea....este....es lo más conveniente, pa mi y pa usté. De aquí en adelante, ¿sabe?, de aquí en adelante no le puedo pagar más sueldo. Usté hará algunas cositas en la chacra: tendrá ropa, comida, y, de vez en cuando, una propina... ¿Está conforme?.

El viejo respondió, como si escupiera:

—Sí, señor.

Ycontinuó cuereando rápidamente el caballo, con prisa desconocida cual si quisiera ocultar su humillación entre la piel sanguinolenta del bruto.

Carlos le miraba ahora atentamente, cuando el viejo se untaba su pierna enflaquecida, de color terroso, con el unto sin sal que le había dado «La Bruja», vieja centenaria que oficiaba de curandera y tenía su rancho enclavado en la orilla de un remanso.

—¿Qué te quedás mirando?—pregunta don Andrés que ha entrado sigilosamente en el rancho.—¿Has cerrado el molino?

Y como ve que Carlos se levanta con intención de salir, aulla, como dirigiendose a un interlocutor invisible.

—¡Pero qué abombaos son estos muchachos! !Pero qué abombaos!

El muchacho cierra el molino y vuelve. Una lechuza se burla de su angustia. Sentado sobre el catre, con los puños bajo el mentón, siente que algo brota del fondo obscuro de su subconciencia, como un haz luminosa sobre un pantano. Es una idea que se alza como la llama de una hoguera, atizada por el viento, iluminando panoramas ignorados de su futuro. Panoramas alfombrados de obtimismo. Y el mismo tiene miedo de su idea. Amedrantado, se tumba en su camastro, apagando el candil.

Quería estar a solas con su idea, en medio de las tinieblas; como se está a solas, en la noche de bodas, con la mujer tanto tiempo ambicionada. Y era la idea de ser libre la que le dominaba.

En un rincón, el viejo se queja sordamente de su reumatismo, que le roe los miembros, con dolores atroces, como si le mordieran ratones hambrientos.

Su proyecto había alcanzado madurez plena, como una sandía que sazona oculta entre malezas. Si, estaba dispuesto, y bien dispuesto, a fugarse de lo chacra en cualquier momento.

A veces, cuando pensaba en la huida, le venían a las mientes, la recomendación de su padre cuando lo conchabó en lo don Andrés.

—Pórtese bien, m' hijo, que será pa su bien—le había dicho el viejo al despedirse.

Luego, en medio de su angustia, vió como el sulky se perdía en una curva del sendero polvoriento. La ausencia de su madre, estrujó, como una garra, su sentimiento. A la vida de la chacra y a los golpes, en cambio, estaba demasiado habituado para extrañar mayormente. Los golpes no hacían mella en su cuerpo esmirriado: había recibido tantos...

Cuando tenía ocho años, una tarde, al volver de la escuela del pueblo, el padre le dijo:

—Desde mañana no vas más a la escuela. Tenés que ir a ganarte la vida.

Al otro dìa salió, con una pesada canasta, a vender la verdura de la quinta.

Encorvado recorrìa diariamente las calles polvorientas del pueblucho, voceando su mercadería delante de los frentes hoscos de las casas. Sus antiguos compañeros se burlaban de él; pero de lejos, por temor a sus puños.

Un día llegó frente a la casucha donde vivía su antigua maestra. Al oir su pregón, salió a la puerta una vieja baja y magra, vestida de luto. Le preguntó que motivo lo indujera a abandonar las clases y a dedicarse a ese nuevo género de vida. Después le compró varias cosas.

—¿No seria igual que te pagara maña—preguntó luego.—Mi hija no ha recibido todavía el sueldo de este mes.

Su voz era débil, con un ceceo de sollozo, de imploración.

No pudo negarse, y cuando al anochecer llegó al rancho, dijo a su padre que tomaba mate bajo el corredor:

—Hoy fié cincuenta centavos.

El viejo se levantó lentamente de su asiento. Una sonrisa siniestra descubria sus dientes amarillos. Se acercó despacio, con la calavacita del mate en el hueco de la mano izquierda. De pronto, el muchacho sintió un golpe violento en la cabeza.

—¡No te tengo dicho que no fies a naides!—masculló el viejo, sin perder su serenidad.

Y asiendo al muchacho de la ropa, comenzó a propinarle violentos golpes, rápidamente, como si tuviera prisa para terminar con aquella tarea.

En ese preciso momento, llegó un vecino a pedir una herramienta. El hombre, enardecido, prosiguió golpeando brutalmente al niño.

Luego que este hubo caido, casi sin conocimiento, recogió el máte, y, alzándose hasta el visitante, dijo sentenciosamente:

—Hay que enseñar bien a los hijos sino después salen unos perdidos.

Era un partidario ferviente de esa doctrina educacional. Por eso, cuando llevó a su hijo a lo de don Andrés, de cavallerizo, no dejó de recomendarle:

—Cuando se porte mal, no me le mezquine azote, ¿eh?...

Ahora, el niño, con la imaginación se adelantaba hasta su nueva vida. Proyectaba fugarse con don Ugenio una mañana cualquiera, procurando llegar al pueblo. El pueblo estaba lejos, es cierto, pero qué era ese obstáculo: una brizna insignificante en el ancho camino de su esperanza. Ya encontrarían algún auto que los llevara. Los automóviles pasan frecuentemente, camino del pueblo.

Después procurarian vivir en una u otra forma, de cualquier manera.

Y el muchacho sentía que en la desolación de sus catorce años apuntaba una aurora de ilusiones, iluminando el panorama de su libertad. Se sentía fuerte, alentado, capaz de afrontar con cualquier empresa que les permitiera vivir al viejo y a él.

Y en medio de estos pensamientos, que todas las noches poblaban su mente, su voluntad se estimulaba, su decisión robustecia.

Sin embargo, aún no había comunicado su proyecto al viejo. Ni a pesar de que el viejo desempeñaba un papel preponderante en su proyecto.

Al fin, una mañana, decidió ponerlo en práctica. Cuando oyó los gritos de don Andrés, como siempre, se levantó despaciosamente. Calentó el agua. Preparó el mate.

Como todos los dias, por segunda vez aulló el patrón:

—¡Carlos, Carlos!, ¿te levantás o no te levantás?

El muchacho no se dignó responder. Se puso a mirar el campo, húmedo y tierno de amanecer, por la puerta abierta. Caía sobre la tierra, imperceptiblemente, la cáscara de sombras de la noche. El gallo alborotaba en el corral. A la distancia, parpadeaban las luces de las chacras vecinas.

Al cabo se decidió a despertar al viejo. Aproximándose al rincón donde estaba echado y, después de tocarlo, se limitó a decirle, como si el otro estuviera en antecedentes.

—¡Vamos!

Don Uegnio se incorporó pesadamente. Su figura se quebró, gigantesca, en las paredes. Tenía el pelo revuelto.

—Hoy no puedo—dijo:—no puedo. Mirá como tengo la pierna.

Y levantado el poncho con que se cubría hasta las narices, dejó al descubierto un montón de carne informe, tumefacta.

En un hilo de voz prosiguió:

—Creo que el patrón va a conchavar otro arador. Mañana viene del pueblo.

Carlos se tamboleó, como aquel día en que sus ocho años soportaron el castigo del padre. Sus ilusiones se derrumbaron al choque con la realidad. No podría cumplirlas, al faltar el viejo, que tan importante papel desempeñaba en su proyecto.

Y todas sus esperanzas, sazonadas de angustia, se convirtieron en dos lágrimas, que brotaron de sus ojos, corriendo por las mejillas enflaquecidas.

El cuerpo del viejo, con su pierna grotescamente hinchada, era un como obstáculo insalvable, tendido en el sendero de su libertad.

Y tomando el freno que pendía de un clavo, fijo en la pared de barro marchóse en busca de «Mancha» para traer los caballos.

HÉCTOR IZAGUIRRE.